

Los cónsules también lloran

Aunque por una vez eso no me importa demasiado, ya que sólo lo escribo para que en algún lugar, no sé en dónde, lo lea una persona en especial.

Este artículo trata sobre Benita Gil de Serrano, una mujer de la que nunca habrán oído hablar, que no era famosa y que nunca aparecerá en los libros de Historia. Benita, la decana de los españoles en Chequia, murió el pasado 26 de julio en Praga a los 102 años.

Era [maestra](#), de un pueblo de Teruel. Con 26 años se fue de España por la Guerra Civil, como refugiada estuvo 12 años en Francia, y después de múltiples aventuras a partir de 1951 acabó en Checoslovaquia. Volvió a España tras la llegada de la democracia, pero su familia estaba aquí, así que retornó a Praga en 1992.



La conocí al poco de llegar, en 2012. Me dijeron en el Consulado que había una española muy anciana que necesitaba para el cobro de su pensión una fe de vida (un documento oficial donde el cónsul certifica que una persona comparece ante él y está viva). Que ya andaba con mucha dificultad, que vivía en un cuarto piso sin ascensor. Y preguntaba si podría bastar con que habláramos por teléfono para cumplimentar el trámite.

“Nada de eso”, dije, “iré a saludarla personalmente”. Cuando la llamé para concertar una cita, le pedí que no se molestara ni en preparar un café. Con un fuerte acento

aragonés, me dijo rotunda “yo no haré café, eso lo hará mi hija. Yo prepararé la torta de manzana”. Ya tenía 99 años, nada menos.

Cuando llegué a ese cuarto piso del barrio de Petriny, me encontré con una persona muy especial. Lúcida, inteligente, con un lenguaje rico y preciso, llena de memoria y de sentido del humor, Benita estaba completamente al tanto de todo lo que ocurría en España gracias a la televisión. Firmamos los papeles, charlamos, tomamos su torta de manzana. Y a partir de aquel día el trato frecuente por los temas consulares (certificados, pensiones y demás) fue dando lugar a una curiosa amistad.

Durante estos años de vez en cuando la llamaba o visitaba para ver cómo estaba. Le llevaba revistas (era devota del *Hola*, cómo no), comíamos un poco de torta, resolvíamos sus temas consulares, y hablábamos de la vida, de sus recuerdos, de los programas de Arguiñano, o de mil cosas más. Y por supuesto me enumeraba los logros de sus nietas, todas ellas licenciadas e hispanohablantes, su mayor orgullo.

Descubrí por casualidad que su cumpleaños, el 12 de enero, coincidía con el de mi hijo de seis años. Cuando ella cumplió los 100 le llevé para que la felicitara, intrigado por cómo reaccionaría al encontrarse con alguien centenario. Para él fue toda una impresión. Pero cuando se conocieron ambos se comportaron con total naturalidad. Él sacó su tableta para enseñarle sus juegos a Benita, y ella le preguntó “¿me puedes grabar un vídeo con eso?”. Y mientras él grababa ella se puso a cantarle a voz en grito la canción de *La Vaca Lechera*. No es una vaca cualquiera. Durante dos minutos. Luego merendaron juntos salchichón. Y se quedaron tan contentos. Así era ella.

A partir de ese día creamos una pequeña tradición, cada año íbamos a saludarla el 12 de enero, pronto por la mañana, antes de que una inacabable procesión de amigos y parientes se presentara o la llamara por teléfono para felicitarla. Al irnos, a escondidas, con una mirada cómplice, ella le daba a mi hijo algo de paga, y yo hacía como que no me enteraba.

Conectada permanentemente a las noticias de España, Benita se convirtió para mí incluso en una especie de corresponsal especial. Cuando oía una noticia sorprendente, me llamaba para comunicármela. De hecho fue ella la que me llamó para informarme de que el Rey abdicaba. Y a mí me encantaban su relato preciso de la noticia y sus divertidos análisis.

El año pasado fue condecorada con la [Cruz de Isabel La Católica](#). Recuerdo el día en que el Embajador le dio la condecoración, con toda su familia, en el pequeño salón de su casa. La emoción en el ambiente, el simbolismo de aquel acto. Releo ahora el discurso de mi Embajador y no puedo estar más de acuerdo:

Creo que para todos nosotros Benita representa un ejemplo y un estímulo de superación. Durante todos estos años, por su carácter y

personalidad abierta y afable, Benita ha sido un miembro respetado y apreciado de la colonia española, convirtiéndose en una figura bondadosa y nuclear de la misma.

En la condecoración, con un lenguaje arcaico, está escrito “a la lealtad acrisolada”. Porque esta medalla es un reconocimiento a la lealtad mantenida a lo largo del tiempo y a través de las dificultades. Y la lealtad en el compromiso con España, con sus raíces, con su idioma, y con su familia y sus compatriotas, es una constante en la vida de Benita que hoy queremos reconocer.

En nuestras charlas Benita me dejó muchas frases para el recuerdo. Por ejemplo me contó que el secreto de su longevidad era que había intentado no fumar, comer bien, beber con moderación, y vivir la vida con humor y con la voluntad firme de superar las dificultades. Sabía receta.

Otra vez sin embargo me dijo, burlona, que en realidad su secreto para llegar a los 100 años tan sana es que hacía ya 8 años que había decidido dejar de ir al médico. Como ven, pura raza aragonesa.

Tras la condecoración vinieron también distintos reconocimientos en su querido pueblo, el Mas de las Matas. Recuerdo que me dijo que tras todas las muestras de afecto que había recibido, y con la noticia de que una de sus nietas, diplomática checa, iría destinada como cónsul a Madrid, sentía que el círculo, ese tránsito de su familia de ida y vuelta entre España y Chequia, se había cerrado. Y creía que ya se podría morir.

Fui a verla en junio, antes de irme de vacaciones. Hablamos de Podemos, de Cataluña, de sus nietas, de las próximas elecciones. Me dijo que sentía que no estaba bien, y no la quise creer. Decía que ya casi no había tenido fuerzas para cocinar la torta. Aunque como siempre me recibió impecable, coqueta, bien vestida, con su blusa y su pañuelo y su gota de Chanel, como siempre la recordaré. La torta estaba mejor que nunca. Pero por primera vez pensé que podría no haber más.

¿Saben otra cosa? en realidad los cónsules somos como todo el mundo. Nos alegramos con las cosas buenas y nos entristecemos con las malas noticias. Y muchas veces las historias humanas que vemos en este trabajo nos dejan su huella. Por ejemplo, nos emocionamos con una carta de agradecimiento de un preso desde España al que logramos trasladar desde las cárceles checas. O nos desesperamos con un caso de secuestro internacional de menores que no podemos solucionar.

Y se nos escapa alguna lágrima en el funeral de Benita. Al pensar que con ella se va un gran trozo de la memoria de dos países. O simplemente al darnos cuenta de que teníamos aún muchas cosas que hablar con ella. Que no habrá más tortas de

manzana, ni meriendas con salchichón ni visitas el 12 de enero, que la vida sigue, y que la echaremos de menos. En fin, ya les digo, como ven somos gente bastante normal.

Tarde descubro que Benita es una de las personas que más me ha impresionado en muchos años. Pero no por su edad, sino por su humildad, su generosidad e inteligencia, su humor, y su amor por su lengua, sus raíces y su familia. En resumen, por su resiliencia y su sabiduría para vivir la vida sin rencor, a pesar de todas las dificultades que encontró en su vida de novela. Sé que por eso llegó a los 102 años con esa mirada limpia y esa sonrisa. Intentaré no olvidar esa lección.

Como estoy seguro de que ella, que se enteraba de todo y estaba siempre al cabo de la calle, estará leyendo esto desde algún sitio, he querido escribirle este texto para decirle aquí las cosas que desgraciadamente nunca le dije.

Y para darle un aviso: Benita, no te preocupes, vi a tu familia, todos están bien. Me contaron que pronto te llevarán al Mas, a aquel arroyo del que me hablaste una vez. Como me dijiste, el círculo ya se cierra, pronto volverás a casa, y podrás descansar.

Nosotros te recordaremos, siempre, y cuando tengamos un problema pensaremos en lo que habrías hecho tú en nuestro lugar. Saludos de Ane, de Lili, de Nuri, de todos los de la Embajada, y gracias por todo lo que tú nos diste, sin saberlo.